

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO SILVELA Y DE LE VIELLEUZE

EL DÍA 20 DE NOVIEMBRE DE 1904



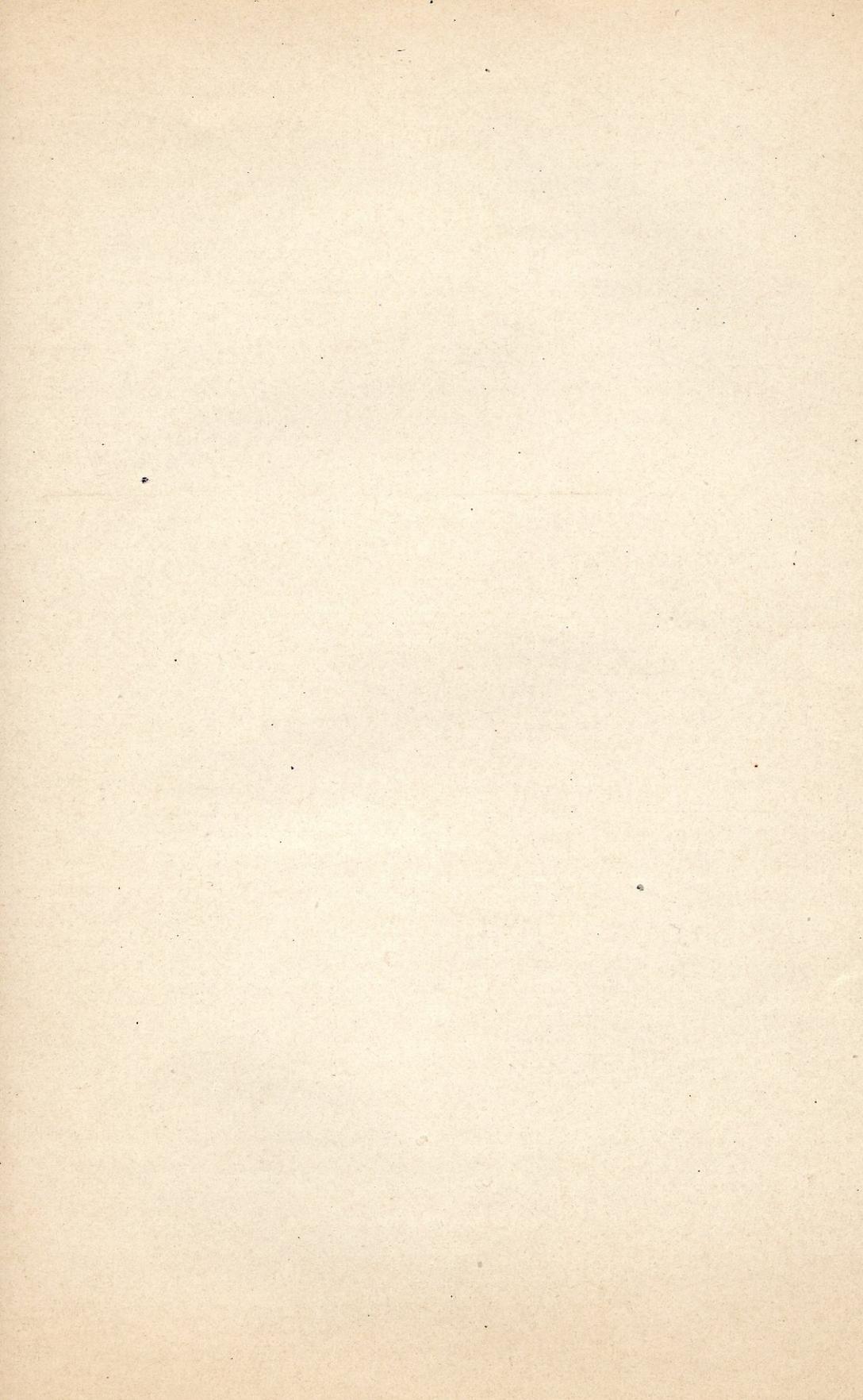
MADRID

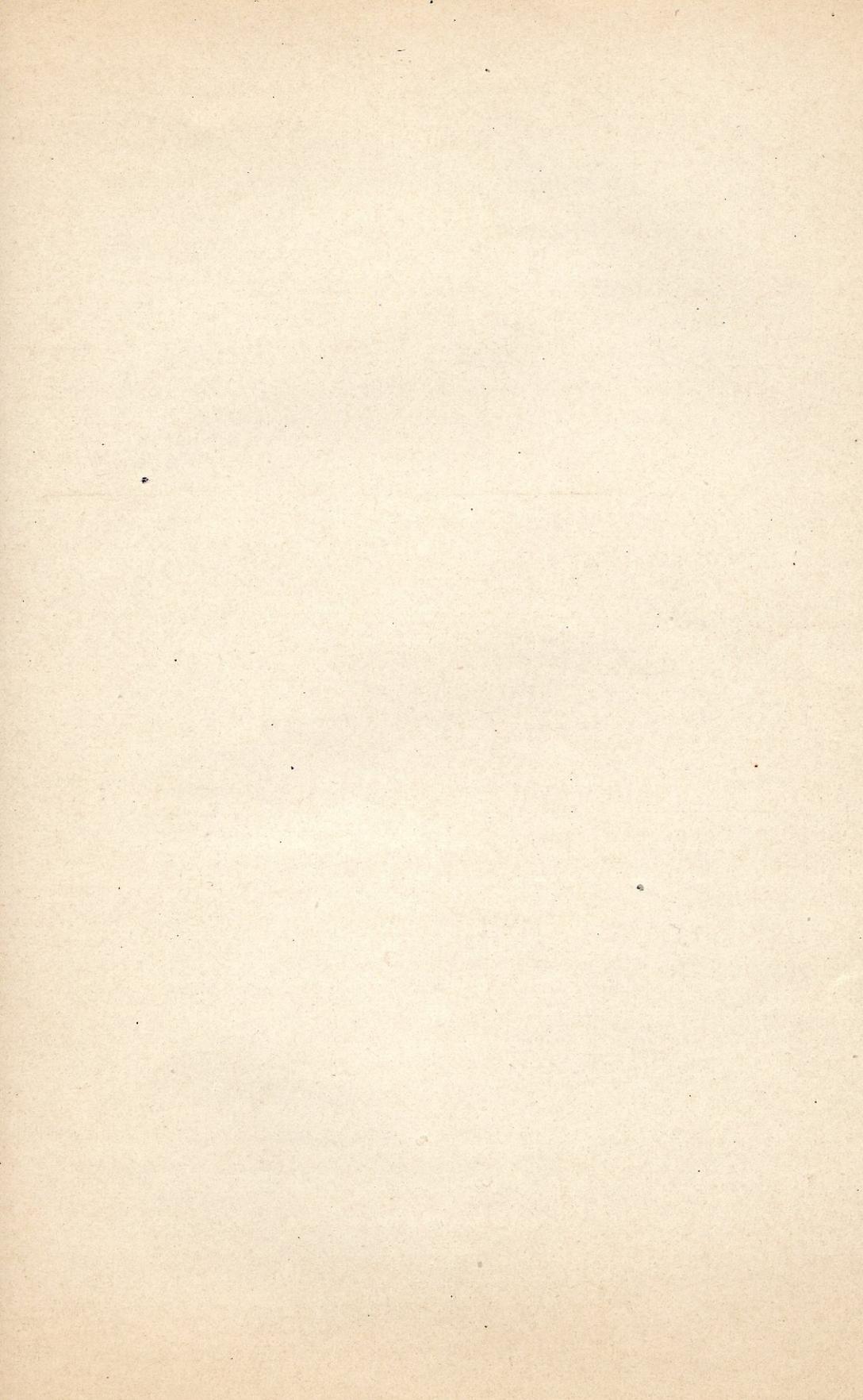
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Calle de la Libertad, núm. 29

—
1904





REAL ACADEMIA

DE

BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO SILVELA Y DE LE VIELLEUZE

EL DÍA 20 DE NOVIEMBRE DE 1904



MADRID

TABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

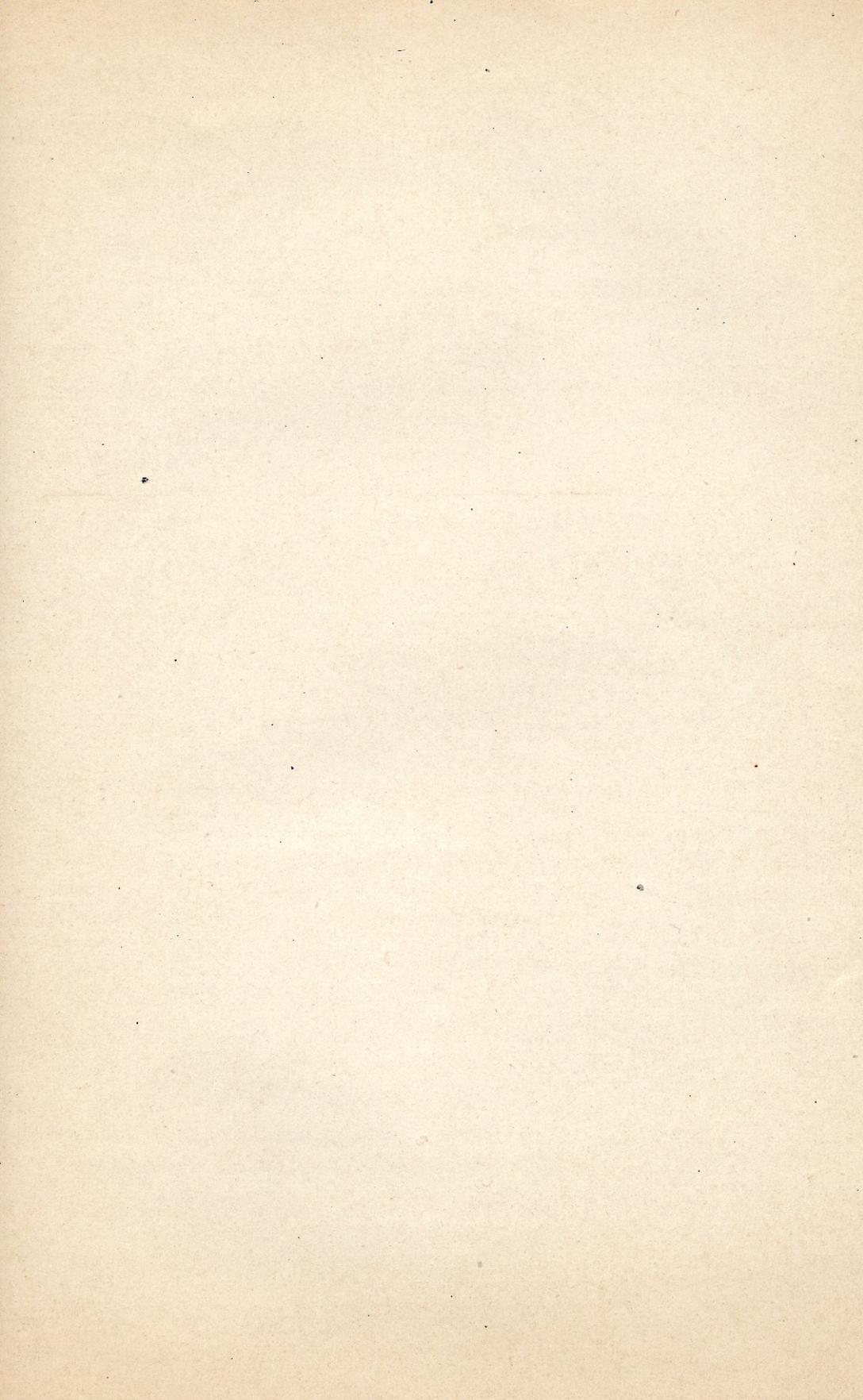
Calle de la Libertad, núm. 29

—
1904

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO SILVELA Y DE LE VIELLEUZE



SEÑORES ACADÉMICOS:

Siempre fué condición de cuantos aman y profesan las artes de lo bello la bondad y benevolencia hacia los inclinados á participar de su culto, y tan solo por esa disposición de vuestro espíritu, habéis podido llegar al extremo de admitirme en este Instituto, sin otro título para alcanzar tan elevado honor, que mi devoción asidua y admiración constante por todas las manifestaciones de el sentimiento estético, en las que habéis acreditado vuestra fama.

Es el arte una como manera de religión, donde el amor y la fe aprovechan, no para igualarnos con sus doctores y maestros, mas sí para admitirnos en la comunión de su vida y hacernos partícipes en sus espirituales bienaventuranzas, y por esa puerta me he permitido yo entrar á sentarme á vuestro lado, como aquellos distraídos de la vida espiritual entre los pecados de el mundo, que por un amor á Dios ó una devoción á la Virgen, nunca extinguidos en su corazón, hallan al fin de sus días galardón semejante al otorgado á los justos, supliendo su constancia y fervor en la fe, á la pobreza de sus buenas obras.

Vengo á ocupar en esta Academia el puesto de un laborioso y erudito crítico de arte, D. Manuel Oliver y Hurtado, que consagró todas las fuerzas de su espíritu al estudio de la historia patria, relacionándola con el florecimiento de su cultura artística, singularmente en la privilegiada región granadina, donde disputan en esplendor y magnificencia las bellezas del Arte con los prodigios de la Naturaleza, sin que el ánimo, suspendido en la contemplación de tanta maravilla, acierte á distribuir con justa medida la admiración entre los colores de sus cármes, la pureza incomparable de la luz que los ilumina, y las líneas y ornamentación de sus alcázares.

Allí cursó Oliver sus estudios y cultivó aquel entusiasmo por el arte, que ha brillado en tantos ingenios granadinos, de origen ó devoción adquirida en el compañerismo de las aulas universitarias; y fruto de su labor y su cariño á la ciudad incomparable fué la obra magistral de su edad madura, *Granada y sus monumentos árabes*, completando con ella la valiosa aportación que antes hiciera á la cultura patria con sus estudios sobre la Munda pompeyana, los orígenes del reino de Pamplona, y las batallas de Vejer y de el lago de Janda.

I

No ha descubierto ni creado el siglo XIX arte ni ciencia que no tuviera ya sus fundamentos, nociones primarias, clasificación y aun método, establecidos con ligeras variaciones de nomenclatura en edades pasadas; mas no cabe desconocer que se deberá á él la constitución en doctrina de la

ciencia social, relacionando entre sí investigaciones antes independientes, guiadas por caminos distintos, y como ignorándose unas á otras.

Todo parece anunciar han de seguir por estos derroteros las evoluciones de el pensar y el sentir en este siglo. El derecho civil ha abierto sus tradicionales fórmulas, consagradas por el abolengo ilustre de el pueblo romano, á nuevos elementos orgánicos, en las fundaciones, los sindicatos y la contratación de el trabajo. El derecho penal, el administrativo y el político, la Economía, la Hacienda, la ciencia de la educación, amplían sus conceptos con direcciones sociales que se enlazan en finalidades convergentes, constituyendo las soluciones orgánicas los problemas de más palpitante interés. La moral, sin perder su condición de inmanencia en el individuo, como ley revelada acatada por su fe, ó como imperativo categórico de su conciencia acatado por su razón, va penetrando más en el fondo de la vida jurídica de las sociedades, y en medio de las tremendas contradicciones de principios con que lucha, tiende cada día más á llevar sus conclusiones á todo el orden social, aspira á unir las voluntades en fines colectivos mediante pactos, participaciones de intereses y sentimientos comunes, buscando, si no solución, alivio á el doloroso problema de la desigualdad en las fortunas. La propia metafísica, ejercicio solitario de el pensamiento, amplía sus investigaciones á veces con impiedad, pero movida por el propio impulso, y sobre los despojos ya abandonados de el materialismo y positivismo de Littré, busca en el sujeto pensante la explicación de el Universo, esforzándose por realizar en la sociedad humana, la comunidad de ideas directoras de la inteligencia, y el vínculo intelectual de los hombres entre sí y con el todo.

¿Qué puesto toma el arte en este movimiento universal? ¿Cuál es su valor en tan espléndida manifestación de *sinergias* sociales; cuál su destino; cuál la tendencia que naciones, clases directoras, gobiernos, deben imprimir á sus esfuerzos para contribuir á la obra del progreso humano en los tres conceptos eternos de el ser racional, lo bueno, lo bello y lo verdadero?

Problemas son estos que aun para su exposición razonada, reclaman mayor holgura de la permitida á un discurso académico; pero he creído puede interesaros en estos momentos señalar algunas ideas que á una parte de ellos se refieren, tratando de desvanecer pesimismo muy acreditado y en boga sobre el porvenir de las artes, y de indicar al propio tiempo cuánto importa cuidar de el sentimiento estético en los pueblos, cuáles son los peligros que más de cerca le amenazan, y cuáles las tendencias que deben seguir los gobiernos para evitarlos.

En toda comunidad humana capaz de crear y recordar historia, el elemento más poderoso de socialización, después de las religiones, ha sido el arte, y las religiones mismas, en más ó en menos medida, han utilizado el arte en pro de su obra social.

No une tanto á los hombres pensar lo mismo y aun querer lo mismo como sentir lo mismo, y las más veces el pensamiento y la voluntad son el resultado del sentimiento, cuando no de las sensaciones; y el arte es la forma por medio de la cual esa comunidad de sentimiento se logra, se perpetúa y transmite de generación en generación, y así se explica ese fenómeno moral de que un gran artista, cuando llega á herir el sentimiento de un pueblo y hacer vibrar su alma ante una manifestación espléndida de la belleza,

cuando se llama Cervantes, ó Lope, ó Calderón, ó Velázquez, ó Sakespeare, ó Camoens, crea, por un medio, al parecer tan pequeño, como el cuadro, la novela, el drama, el poema, una fuerza en la nacionalidad considerable, un vínculo poderoso entre los que ríen ó lloran ó reconocen en el lienzo con igual emoción las representaciones de sus sentimientos, amores, pasiones ó entusiasmos, que á veces excede en eficacia y persistencia á la acción de los conquistadores y los estadistas.

El fin más alto de el arte es, sin duda, producir una emoción estética con carácter social. Tolstoï no admite en el arte otro fin, y aunque esto sea en la realidad concepto demasiado absoluto, no se puede negar que á él llegan las grandes obras, y que merced á ellas la materia entera, orgánica é inorgánica, entra en cierta comunidad estable y como definitiva con el hombre. Por medio del paisaje, la Naturaleza dicta sus impresiones de renovación juvenil en la primavera, ó dulce melancolía en el otoño, y el cuadro las traduce y las fija en el lienzo y el artista nos une así perpetuamente á aquella belleza; la arquitectura levanta de sus sepulcros las piedras y los mármoles formando una representación para nuestras adoraciones á lo sobrenatural, elevando á los cielos las agujas de los templos; y las vibraciones de los sonidos, se disciplinan y conciertan para mover en el corazón de las muchedumbres el entusiasmo religioso ó guerrero. Las grandes individualidades de la república de las artes son al propio tiempo realidades y simbolismos; han sido copiadas de la Naturaleza, pero transformándolas el genio, en representaciones simbólicas de la manera de pensar y sentir un pueblo en un momento dado, y de esa unión feliz entre lo real y lo simbólico depende su inmorta-

lidad, y así se engendraron y por eso viven Beatriz y Laura, Don Quijote y Hamlet.

El arte es, además de realidad y simbolismo, vida, y la vida es movimiento; este es medio de comunicación entre los seres, y por eso la provocación ó la simulación de el movimiento, signo exterior de la vida, es el medio más poderoso de que se vale el arte para producir en nosotros también movimientos de simpatía y unión, gérmenes de acciones y reacciones sociales.

La belleza no satisface ni llena el alma de sus verdaderos amantes, sino provoca la imagen, la ilusión y como la esperanza cierta é inmediata de el movimiento; mirad el Fauno del Cabrito en nuestro Museo; lo encantador en él es, que parece marchar ligero con su carga y le estáis viendo dar un paso más allá de su pedestal; el niño de la espina del Museo de Nápoles está en reposo mirando en su pie el punto por donde se clavara el abrojo, pero las líneas de su cuerpo son tan flexibles, su expresión tan serena, su asiento tan vigoroso, sus músculos tan proporcionados, que se ve circular la sangre por sus venas y se siente que no se va á quedar allí, que se va á levantar ágil y erguido en cuanto haya corregido el leve daño; y la propia observación podréis hacer en los cuadros, figuras literarias y composiciones arquitectónicas ó musicales que, según lo dice la misma expresión vulgar, sean capaces de *mover* el alma; y en la belleza de una mujer, de percepción más universal para el hombre, siempre parecerá á aquel que la ame, más bonita su sonrisa que su boca, más lindo su mirar que sus ojos, y su gracia más hermosa que su hermosura.

El arte es, por tanto, en la sociedad y para la sociabilidad, una fuerza, un movimiento, una acción, un acrecentamiento

de vida, pero es, además, un consuelo, que no es poca cosa en verdad, en un mundo de dolores y lágrimas.

Los goces de el arte son de una pureza, extensión y solidaridad á que no llega otro alguno. Las perfecciones morales recrean el alma de el justo, y los descubrimientos de el sabio son útiles á muchos; mas el placer de la invención es un puro egoísmo para su descubridor, y aun el amor, con ser tan poderoso en el mundo, no puede pasar de extender ese egoísmo á dos; pero el artista, después de gozar él inmensamente en su creación, crea el placer para una muchedumbre de pueblos y aun de generaciones; fija los ardientes colores de una puesta del sol, ó la suavidad de la aurora, y manda á el arco iris que no se borre del cielo, y nos sirve en breves lienzos, ó en proporcionadas estatuas, ó en delicados ritmos é inspirados escritos, aquellas impresiones deliciosas de frescura, gracia, armonía, amistad sazónada ó sabroso razonar ó pasión vehemente que la Naturaleza nos arrebatada por lo común con rapidez cruel, ó nos ofrece con extrema avaricia.

Así tenemos por principio ó por afirmación incontestable que el arte es un medio de concordia social, universal y poderoso, como fuerza para unir los sentimientos y como alivio de las amarguras de la vida, dulcificando por ese medio las costumbres. Esto, que nos enseña lo que pudiéramos llamar la crítica de la razón pura, parece debería conducirnos á una armonía constante entre los progresos del arte y los de la sociabilidad, y la crítica de la razón práctica nos demuestra, que sus caminos son independientes y sus adelantamientos muy apartados y diversos.

Labora el hombre para el progreso de las sociedades; constituye por las religiones, las ciencias, los oficios y las disciplinas de la voluntad, esos organismos cada día más

amplios y más variados que se llaman naciones, municipios, cofradías ó sindicatos; pero tanto la producción de el artista como la capacidad de el pueblo para sentir el arte son cual inspiraciones divinas, ráfagas de un viento suavísimo que no se sabe de dónde viene, ni cuándo llega, ni porqué desaparece y nos abandona, sin que sea verdad que lo muevan ni lo retengan la riqueza, ni la gloria, ni la virtud, ni la corrupción, ni la fe, ni la impiedad, ni la libertad, ni la tiranía.

Á cada teoría sobre lo bello acompaña, por lo común, una serie de conclusiones históricas relacionando el progreso ó la decadencia de el arte con las instituciones políticas, el sentir de las religiones, los adelantamientos de las ciencias, la gloria de las armas ó la preponderancia de las aristocracias, y sería en verdad descubrimiento precioso el de la ley según la cual las artes se engrandecen ó mueren, pero la crítica no la ha revelado aún.

Son muchos los escritores que han desplegado tesoros de síntesis más que de erudición positiva y análisis histórico concienzudo, para explicar cómo se produce el sentimiento estético y porqué causas decae. Es entre ellos digno de muy especial consideración y estudio en ese particular la Filosofía de el arte de Taine, pues no obstante el profundo sentido crítico de su autor, arrastrado por las imaginarias relaciones entre la producción artística y el medio social, llega á extremos que el conocimiento más vulgar de los hechos desmiente.

Sin duda alguna que el medio ambiente, así en el orden de la Naturaleza como en el de las creencias, imprime un sello especial á la obra del artista, y que no traducen la luz en el lienzo Teniers ó Rüysdael, como Velázquez ó Murillo, ni la expresión del dolor en Laocoonte es la de un supli-

cio de San Sebastián; mas ¿porqué nacen Fidias y Praxiteles en un siglo y Rubens y Velázquez en otro, y suceden á grandes esplendores de producción, desiertos estériles, y á instintos populares maravillosos, incapacidades é indiferencias notorias de las muchedumbres para el gusto? Eso no ha hallado, para mí, explicación histórica ni filosófica satisfactoria.

Fijémonos tan solo en un aspecto parcial de esas causalidades en la más generalmente admitida del florecimiento griego de la escultura por la contemplación frecuente del desnudo, que Taine ha desenvuelto magistralmente en su Filosofía, y que Renán ha patrocinado también en sus estudios, y de mí sé decir que no hallo la explicación de porqué el arte decayó mucho antes de que los atletas de los circos y los luchadores y víctimas de los anfiteatros se vistieran, ni cómo andando desnuda la humanidad durante siglos enteros, por lo menos en dos de los continentes, no apareciera en ellos un solo escultor. No se desnudaban menos los lacedemonios que los atenienses, ni en Grecia que en las colonias, ni en Roma que en Atenas, y el florecimiento era muy distinto, y en Grecia misma la perfección abraza un período y un territorio bien reducidos (1). Roma pasó por todas las fases de libertad municipal, esclavitud, vida pública, gloria, poderío, cultura intelectual, porque había pasado Grecia, y ni un solo día fué el pueblo romano un pueblo artista; y si el abogado de Frinée la hubiere desnudado ante el pretor, habría acarreado una mayor pena á su defendida, y aquel

(1) Según Winkelmann, pocas obras de arte griegas pasan del ciclo heroico y teocrático; pocas son posteriores á Homero, excepto las Heráclides.

sublime movimiento de adoración á la forma que esa leyenda representa en Grecia, hubiese quedado reducida en el Foro romano á lo que sería en cualquier Audiencia territorial, á una desvergüenza, castigada por lo menos como falta.

Por otra parte, aunque en la escultura tenga singular importancia la manifestación de la vida y la ostentación de la belleza por el desnudo del cuerpo, no es ajena á su obra la expresión del rostro, y para eso siempre han estado expuestos con igual libertad los modelos, y con ellos ha pasado el genio escultórico, desde la angustiosa lucha de Laocoonte y la suave voluptuosidad de la Venus de Médicis, á las espantosas decadencias bizantinas, para renacer transformados en las expresiones de místico dolor de las Vírgenes y Magdalenas del trascoro de Burgos y llegar á la Santa Teresa del Bernino exhalando en su boca entreabierta y en el abandono de su cuerpo el ardiente amor, que no solo llena su alma, sino que ha traspasado su corazón y suspendido su vida; corrompiéndose luego en los amaneramientos churriguerescos y en la frialdad mortal del clasicismo académico en el siglo XIX, y renaciendo de nuevo ese arte con inesperado vigor en España y en Francia, después de haberle declarado Cousin y Renán definitivamente muerto á manos de la levita, la blusa, el pantalón y el sombrero de copa (1).

Afirma Taine que las artes aparecen y desaparecen al

(1) El imperio de la escultura concluyó, dice Renán, el día en que los hombres dejaron de andar medio desnudos. La epopeya desaparece con la edad del heroísmo individual: no hay epopeya posible con la artillería, y antes había dicho Cousin que no puede haber escultura moderna con las costumbres de nuestros días.

mismo tiempo que ciertos estados de el espíritu y las costumbres; que la tragedia griega surge con las victorias sobre los persas, y las de Corneille con los triunfos de Luís XIV; que la arquitectura gótica se desarrolla con el régimen feudal y sucumbe con el advenimiento de las monarquías modernas. Coinciden, en efecto, hasta cierto punto, y estirando con muy buena voluntad, fechas y escuelas, siglos y personajes, sistemas políticos y literaturas; pero hacer causa de la producción de esas obras de arte á los triunfos militares es dejar sin explicación alguna, que todas las victorias de Napoleón no hayan producido más cosecha literaria de valor, que una oda en Italia.

Los que nacen recibiendo de Dios esa potencia creadora no cuidan de que sean aristocracias, ó democracias, ó monarquías absolutas, las que hayan de juzgar y premiar sus obras. En el número de ellas, en los asuntos materia de su inspiración, influyen sin duda tales accidentes de su vida, pero su alma y su facultad de sorprender en la Naturaleza ó en la idealidad lo bello, está muy por encima de instituciones y poderes de la tierra, y, por lo común, sin tener ellos entera conciencia de su misión, son dictadores incontestados de la obra social que realizan en su tiempo, aun cuando se inspiren, como todos los dictadores, en el espíritu de su siglo.

Ese esfuerzo generoso, pero en mi sentir estéril por relacionar el progreso y decadencia del arte con los demás desenvolvimientos del espíritu humano, suponiendo á éstos influencia de causalidad y no simplemente de convivencia, nace del concepto y definición del sentimiento estético, al que han señalado la mayor parte de las filosofías una generación en otras facultades del alma y aun en disposi-

ciones determinadas de ella, de suerte que su sola colocación y aparato basta para determinar la creación de lo bello. Platón y sus discípulos hicieron de lo bello un derivado de la razón, pasando de siglo en siglo la frase, más pintoresca que substancial, de que es el resplandor de lo verdadero. Aristóteles la encontraba en el orden y la armonía de las partes con el todo, lo que ha venido á traducir Cousin en la unidad dentro de la variedad; Schelling reproduce la idea platónica de la reminiscencia en el sentimiento de lo bello de una vida anterior, cuando lo define como la expresión de lo infinito por lo finito, y ninguna de estas definiciones ni otras muchas, más ó menos derivadas de ellas, han resistido á los análisis críticos de la estética contemporánea, á los estudios positivos de Ruskin (1), de Guyau, de Fouillée, de Topfer, que han reivindicado para la percepción de lo bello su verdadera naturaleza, la de una facultad, la de una capacidad del alma que no es sensual, ni intelectual, ni ética, ni más alta ni más baja que las demás, es el sentido estético, tan imposible de definir como la vista, el oído y el gusto, tan eterno como éstos serán permanentes en el hombre mientras exista, aunque susceptible como ellos y más que ellos, de aumento ó disminución en su potencia y alcance, y de educación, progreso y decadencia en sus percepciones.

Mantengamos con decisión la autonomía del sentido estético; de ahí no puede pasar nuestro análisis útil; más allá está para unos lo sobrenatural, el origen de todas las cosas,

(1) Ruskin da una definición de lo bello que es la reproducción delicada de la idea platónica; dice que la belleza es la firma de Dios en sus obras.

de todas las facultades, de toda belleza como de toda verdad, Dios; un acto de fe; para otros la evolución descendiendo por el antropisco y el insecto y el pez al protoplasma y á la eternidad de la célula, ó llevándonos por el progreso como Nietzsche, al Superhombre, todo lo cual tiene por término otro acto de fe en la causalidad.

Los genios creadores de grandes obras de belleza artística y aun los talentos que por lo común los acompañan y siguen, son á manera de luminosos cometas, cuya ley de revolución no se ha descubierto todavía.

Para tal producción no hay reglas, ni influencias de evoluciones, ni régimen político, ni victorias guerreras. Almas privilegiadas sorprenden lo bello en la naturaleza que los rodea y lo transforman maravillosamente en el mármol ó en el dibujo y el color, de suerte que aquella materia muerta produzca á los que la contemplan las impresiones del espíritu vivo, de las pasiones en movimiento, de los sentimientos que en la realidad necesitarían para expresarse, la mirada intensa, el quejido del dolor ó el suspiro ahogado del éxtasis.

II

Guardan íntima relación las grandes facultades creadoras de lo bello por medio del arte, con el sentimiento popular para percibir la belleza y ayudar á su producción; y aparecen también esas aptitudes de las masas en períodos irregulares, y del todo independientes de otros progresos del espíritu ó bienandanzas de la vida social, sin que tampoco satisfagan la explicaciones que á tal fenómeno nos

ofrecen las diversas teorías que relacionan el sentido estético, con las demás facultades del alma.

En Grecia llegó á existir una compenetración completa de el arte con la vida social, y parecía favorecer ese resultado una religión en la que todas las fuerzas de la Naturaleza recibían la consagración de un espíritu inmortal que las animaba de poder misterioso y apasionado, dando voz y amores y vida á las aguas de los ríos, á las selvas y á los vientos. En Roma ya se reduce ese sentimiento á imitación de modelos ajenos, y la vida social se compenetra solo con la vida de el Estado y la noción de el derecho civil, y renace como facultad popular el sentido artístico en el pueblo, siglos después, bajo una religión, una filosofía y un organismo social enteramente distintos, pero con un vigor efectivo y una realidad no menos evidentes.

Los claustros de nuestras catedrales, los escudos y ornamentaciones de puertas, miradores, rejas, cifras, llamadores, clavos, arcas, utensilios y trajes; las líneas graciosas y elegantes que se admiran en los más escondidos adornos en la escalera de cualquier campanario de los siglos XIV, XV y XVI; las caras llenas de expresión y original individual que en cornisas y botareles armonizan y enlazan tan maravillosamente con las líneas severas de las ojivas y los arcos; la actualidad popular de monjes, caballeros, clérigos, mercaderes y artífices, retratada en las sillerías de los coros y en los artesonados de los monasterios, acreditan que aquello era obra común de arquitectos y obreros, y que el sentimiento de el arte circulaba al igual por el organismo entero de aquellas sociedades, y se entretejía con su vida entera y sus clases todas.

Ese sentimiento popular, lejos de purificarse y crecer con

la mayor cultura, progreso y difusión general de los conocimientos humanos, notoriamente se debilita y atrofia en edades posteriores, cuando descubrimientos científicos ensanchan el dominio de el hombre sobre la Naturaleza y preparan el advenimiento de las grandes monarquías europeas, y esto extiende y propaga las ideas de que los adelantos en las ciencias son incompatibles con el sentimiento y la producción artística, y que la invasión de las democracias, en todos los órdenes de la vida pública, da por resultado que ellas sean los verdaderos jueces de lo bello, como lo son de lo justo y lo útil, y conduce al rebajamiento de el arte en su función social.

Veamos lo que hay de preocupación y de verdad en esas afirmaciones.

Renán declara que no pudiendo vulgarizarse lo bello, y no siendo posible que en las sociedades modernas se reduzca ya nada al disfrute de una selecta minoría, está destinado á desaparecer obscurecido por la ciencia; y Hartmann pronostica que en la edad madura de la humanidad, el arte será en la vida social lo que son en el día los teatros humildes, donde los tenderos de Berlín descansan de sus diarias tareas; la rima y el orden artificioso del verso y sus acentos parece á muchos contrario á un profundo sentido científico y propio de la infancia de los pueblos; y se ha llegado á comparar los poetas á aquéllos músicos que acompañaban con la flauta los discursos de los grandes oradores, que hoy se escuchan y se aprovechan mejor atendiendo á sus razonamientos, y desdeñando todo ritmo musical.

Tengo por infundadas esas apreciaciones, y mi fe en la inmanencia de las artes de lo bello, como elementos de la vida individual y social, no se debilita un punto con esos

ejemplos, aun cuando reconozca que la intervención y participación en la arquitectónica de las sociedades, de el sentimiento estético, varía considerablemente en el curso de las historias, y que hoy nos encontramos en un período poco favorable á su preponderancia.

¿Qué razón hay para afirmar que la ciencia es incompatible con el arte? ¿No fueron Miguel Angel y Leonardo Vinci hombres de ciencia? ¿No contamos hoy artistas y poetas insignes entre nuestros matemáticos y nuestros sabios? ¿Se puede acusar en serio á una ecuación de haber ahogado en la cuna á un drama ó á una oda?

Sin duda que si al contemplar la sombra misteriosa de una selva nos explica un botánico cómo aquellas hojas nutren de oxígeno el aire durante el día, se presentará á nuestra mente la imagen de un gasómetro y perderá el espectáculo algo de su grandiosidad natural, mejor mantenida por las evocaciones de ninfas y genios de las mitologías; pero, en un espíritu cultivado, la noción científica no destruye la capacidad para percibir la belleza, y apartaremos sin esfuerzo nuestra atención de aquella inoportuna noticia de una función fisiológica, á que el orden material sujeta á esa, como á todas las bellezas de la tierra, para entregarnos con amor á la contemplación deliciosa de su claro obscuro, y el manso ruido de las hojas borrará el recuerdo de su labor química, como le hacía á Fray Luís poner en olvido el oro y el cetro.

¿Qué motivos hay bastante fundados para temer, como dice Renán, que el arte ha de ser necesariamente patrimonio de una minoría y que generalizándose perece y muere?

Sin duda que muchas, y quizás las más considerables bellezas de las artes plásticas, solo son bien apreciadas por

reducidas minorías; pero, así por la influencia sugestiva que esas minorías ejercen en la masa general con sus juicios y sus devociones, como por cierto resplandor que lo bello ejerce aún en aquellos espíritus que no se dan cuenta del porqué de esa impresión, es lo cierto que la obra de los grandes artistas perdura en nuestras sociedades democráticas y obtiene la adhesión y el entusiasmo de el pueblo en gran medida.

El vulgo en su conocimiento reduce el fin de las artes plásticas á la imitación de lo natural y al simbolismo, y cuando visita los museos y las exposiciones, dos cosas fijan y cautivan su atención; ó la semejanza que pueda engañar acerca de la realidad del objeto representado, ó la representación en imágenes de un problema histórico, social ó político que le interese y conmueva, mas esa imperfección en la razón de conocer, no le priva de la capacidad para sentir.

Visitaba yo no ha mucho tiempo, con gran muchedumbre de gentes, la obra admirable de Salcillo, en la que se demuestra que el genio es capaz de sobreponerse á todos los procedimientos hasta á el absurdo de usar el color sin contar con el claro obscuro, intento temerario de la escultura policroma. A la inmensa mayoría de cuantos por allí pasaban, lo que les rendía la admiración era un libro y una calavera á los pies de un San Jerónimo; el libro imita admirablemente el pergamino viejo y las hojas fatigadas por el estudio repetido; la calavera es un modelo anatómico tan exacto y bien coloreado, que aseguran pasó por allí un gran artista inglés y no se quiso ir sin hacer una pequeña entalladura que le persuadiera ser de madera aquel trozo de esqueleto. La expresión de austeridad tranquila y segura en su fe que se lee en el rostro de el penitente; la proporcionada distribu-

ción de las líneas del desnudo; el plegado de su túnica, noble y severo con la especial majestad del hábito pesado de el monje, tan distinto de las líneas ligeras de las estatuas antiguas, eso solo lo apreciaban contadísimos número de visitantes, y sin duda que esos eran de una superioridad en conocimientos científicos incontestable sobre los demás. Pero ese pueblo, que no razona en el genio de Salcillo más allá de la imitación del libro y la calavera, siente que en aquellos pasos é imágenes flota un espíritu superior y una vida más alta que en las vulgares esculturas de otros templos; cree que esa impresión nace de que la imitación de lo natural es más perfecta, y no se da cuenta de que el artista para producir la emoción estética necesita transformar la Naturaleza, extraer de ella las notas que deben herir nuestro sentimiento dejando en la obscuridad las demás; mas este desconocimiento de la índole del arte, no impide que el pueblo inculto de la vega murciana considere la obra de su escultor y se recree en ella como en uno de los más puros y más vivos afectos de su alma, con entusiasmo igual al de los mejores críticos de arte, y lo mismo ahora, que antes de haber saboreado las dulzuras democráticas del sufragio universal y el jurado.

No hay poesía sin misterio, han dicho en variadas formas Schœling, Strauss y Wagner; no hay poesía sin superstición, ha llegado á afirmar Goethe, y admitimos que todos ellos dicen verdad; ¿pero es que la ciencia, descubriendo algunas causas y rindiendo culto á muchas hipótesis, nos amenaza de cerca con el riesgo de borrar de la creación y la Naturaleza los misterios? ¿Es que nos va á relevar un día de estos, de los actos de fe? ¿Es que sus descubrimientos de hoy no son la confesión de sus supersticiones de ayer? Cuando

ha logrado la fotografía de treinta millones de estrellas, ¿tiene acaso la pretensión de conseguir una instantánea de el infinito? ¿Es que las investigaciones de la psicología contemporánea ó los análisis espectrales han disminuído en un ápice los misterios de la conciencia humana, han hallado solución al eterno arcano metafísico, ó iluminado con arcos voltaicos la bóveda celestial hasta sus últimos círculos? ¿Acaso no presenciarnos hoy las vacilaciones de la física y la mecánica ante las misteriosas fuerzas de unos nuevos metales, y levantarse amenazadoras las dudas en sistemas y teorías que pasaban por definitivamente demostrados cual teoremas matemáticos?

Lo que orgullosamente se apellida la ciencia, no es un factor novísimo que de poco tiempo acá invade el alma humana para arrojar de ella las demás facultades y potencias, enseñoreándose por su superioridad. Sigue siendo lo que fué siempre, desde que se inventaron el arado y la palanca y la fundición del metal, una de las necesidades del alma; lo verdadero, que vivirá eternamente en inseparable consorcio con lo bueno y lo bello.

Seguramente que no se podrá negar á el siglo XIX un desenvolvimiento científico extraordinario, y en él han brillado la poesía lírica y la dramática y la música con esplendores no superados, y en algunos órdenes no igualados en toda la historia de las artes, y las generaciones que han esclavizado al vapor y arrancado el *rayo á las nubes* y el *etro á los tiranos*, no se hubieran hecho reos de los atentados gratuitos, cometidos por nuestros gloriosos antepasados en la arquitectura de las catedrales, con los trascoros que cortan la elegancia y la perspectiva de sus naves, y en el tapiado y encalado de los claustros y relieves de los antiguos reta-

blos y de los preciosos adornos de alcázares y mezquitas, que acusan notoria inferioridad en varios órdenes y manifestaciones del sentido artístico en sus relaciones con la vida social.

III

Sería eso no obstante, temeridad ó ceguera indisculpable negar, que las aplicaciones cada vez más extendidas de la ciencia, el industrialismo en todos sus variados aspectos é incansables actividades, es causa de daños y destrozos en los patrimonios del arte y la belleza natural, restándose riquezas considerables de ese orden y endureciéndose el sentimiento popular con el aspecto de las sangrientas tragedias que por todos los ámbitos del mundo ofrecen las luchas de el progreso material con las maravillas de paisajes incultos ó de civilizaciones extinguidas.

Las rocas erguidas en las laderas de las montañas, doradas por las caricias seculares de el sol y matizadas por los musgos y los helechos, se abren en terribles trincheras semejantes á secciones anatómicas de un cadáver en un anfiteatro, para dejar paso á un ferrocarril; en los bosques más repuestos y escondidos, los pinos de las sierras, gigantes destinados á luchar con el huracán y á desafiar el rayo, muestran en su costado la incisión por donde vierten gota á gota su sangre en la escudilla, con la que parecen infelices lisiados solicitando una limosna del transeunte; las esfinges y los templos de los Faraones, monumentos de las artes que después fueron civilización y filosofía griegas, se ahogan en el nivel inexorable de las presas del Nilo para crear una inmensa huerta de

cultivos intensos destinada á surtir de algodones, frutas y legumbres las fábricas y las cocinas europeas; el Niágara está á punto de venderse á la industria fabril y ocultarse avergonzado entre turbinas, y hasta las nubes, esas formas siempre artísticas y siempre hermosas, porque jamás había puesto sobre su cuerpo la mano el hombre ni había perturbado con su voluntad sus majestuosos movimientos, están amenazadas de recibir en los pliegues de sus mantos los disparos de la artillería agrícola, y las proyecciones de los anuncios del chocolate Menier ó del jabón Pears.

Sin duda que estos desastres en el caudal de las bellezas naturales son por extremo sensibles; pero los que más sinceramente los lloran son precisamente aquellos cuyo sentido estético se halla tan educado, que hallarán perpetuamente en la tierra museos infinitos en los que recrear su contemplación y saciar su sed. Por mucho que se multipliquen túneles y trincheras en los paisajes, y se domestiquen cataratas, siempre quedarán rincones estériles para la industria y olvidados del comercio humano, donde, al amparo de las encinas, nazcan las flores encendidas de los rosales silvestres, y laderas de las sierras andaluzas, donde las pencas erguidas de las pitas y los ramos rojos de las adelfas no parecen recibir la luz del cielo, sino despedirla ellas también, contribuyendo á inundar de sol y de color el paisaje, y aun al pie de los alineados plátanos de cualquier jardín municipal, nos complacerá admirar en los nervios de las hojas secas, cómo engarza sus brillantes la escarcha con asombroso dibujo trazado por el artista inmortal de la Naturaleza y la vida.

El sentimiento de las bellezas naturales es el más difícil de percibir por el pueblo, y es el último que ha aparecido en la historia del arte; se llega á él por la educación refina-

da del sentido estético, y cuando éste ha gustado todas las emociones del arte humano; y, así podemos observar sin salir de casa, que la ausencia de interés por la sombra de los árboles y la extensión y subsistencia de flores, plantas y jardines, que representan bellezas de orden natural, y la facilidad para trocarlos sin duelo en calles y plazuelas, se advierte en los pueblos de menor cultura intelectual y científica, y el celo y aun la avaricia por defender un parque ó salvar una añosa encina aparecen con los mayores adelantos en la educación popular.

IV

La observación de Renán acerca de las transformaciones sociales y políticas que arrancan á las aristocracias la dirección de las masas, é impiden que se reduzca ya nada al disfrute de una selecta minoría y hieren de este modo á el arte imponiendo su vulgarización, no juzgo sea tampoco verdadero riesgo para la producción artística; pues aparte de el recuerdo de lo que fueron las artes en las democracias griegas y en el florecimiento de las repúblicas italianas, y cómo estuvieron identificadas con el pueblo en la misma arquitectura y ornamentación cristiana de la Edad Media, no parece estemos tan cerca de ver desaparecer el imperio y gobierno de aristocracias y minorías, como imaginaba el insigne estilista. Los progresos sociales y políticos en el camino de suprimir las minorías gestoras y autoritarias son cortos hasta el presente, aunque ruidosos en su aparato y exteriores atavíos.

El hombre, ser ante todo y sobre todo social, no logra

escapar de su condición y régimen de rebaño, como fórmula orgánica substancial de su desenvolvimiento histórico, y no halla manera de romper, á pesar de las predicaciones de sus filósofos y alientos de sus revolucionarios, las tradicionales organizaciones de el pastor y la grey. Ampliáronse las facultades de los Parlamentos; se decretó la igualdad entre todos los ciudadanos; llegóse á los mayores extremos en la libertad individual, aboliendo gremios, proclamando la concurrencia de el trabajo y la producción, disolviendo asociaciones, quebrantando antiguas disciplinas, y lo más á que alcanzaron tan radicales mudanzas, heroicamente logradas con sacrificios cruentos de sus creyentes é incesante labor de sus apóstoles, es á aumentar un tanto el número de los que dirigen, y á variar los orígenes y las artes de los pastores; ya no son los señores feudales ni los Reyes quienes guían la grey y deciden de sus amistades ó sus guerras, de su fortuna ó su miseria, son los jefes de los partidos en la política, los apóstoles de el Imperialismo en las democracias, los directores de los *trusts* en la industria, los agitadores de los sindicatos y federaciones en el trabajo obrero; siempre la masa, más ó menos humilde ó turbulenta, conducida sin contar con su voluntad verdadera y real, unas veces á la lucha por intereses que no le alcanzan, otras á la huelga por órdenes que no aciertan á resistir, otras al crimen brutal y á la violencia por sugerencias de poderes misteriosos; y es de notar que aquellos pastores y rabadanes que parecen elegidos directamente por la grey y más desaforadamente claman por sus derechos y aumentos, suelen ser los que muestran menos escrúpulos en los medios para conservar su dominio y obtener la obediencia ciega del rebaño, sin olvidar la ordenada contribución y aprovechamiento de su

lana, bajo los nombres altruistas de cajas de resistencia, fondos de solidaridad ó tesoros del partido.

Si el colectivismo llegara á sustituir á la actual organización de la propiedad y el trabajo, la transformación de el arte sería en efecto tan radical como las de la ciencia, la moral y la industria; pero mientras el colectivismo sea tan solo un tema explotado para dirigir mayorías é influir en gobiernos que mantienen ejércitos permanentes, y adquieren imperios coloniales, y practican la vida capitalista con toda su cultura y refinamiento, no sufrirán las artes bellas por falta de minorías gestoras, autoritarias y adineradas, capaces de apreciar su producción.

V

Una dirección hay en el arte moderno, singularmente en la literatura y la pintura, poderosamente influída por la acción de las ideas democráticas en toda la vida social. Movido el espíritu de novelistas, poetas y pintores por esa fuerza, han abierto la ciudad de lo bello para dar entrada por sus puertas ó las brechas de sus murallas, á clases, pasiones, sentimientos, intereses, conflictos morales, que solo de un modo incidental ó episódico entraban en edades pasadas.

Pícaros, busconas, rufianes, rústicos, bachilleres en cursos de almadrabas, figuran como admirables tipos en nuestra novela, romances y teatro, y enanos, mendigos y borrachos en nuestros Museos; pero la incorporación como por derecho propio á la vida de el arte, de el mundo entero de

la miseria humana, es matiz que se siente y percibe como nuevo en las literaturas y artes modernas.

A Vauvenargues le parecían poco nobles los asuntos á que había consagrado su musa La Fontaine, y á muchos parecen poco adecuados á la elevación y cultura del arte los cuadros de la degeneración humana moral y fisiológica á que se ha consagrado la escuela llamada vulgarmente realista. Yo veo en ella la consecuencia inevitable de una evolución social, que habiendo traído á los umbrales, y aun á los alcázares del poder público, elementos antes apartados, ha de tener forzosamente su eco y representación en el mundo del arte, hasta donde sus condiciones consientan adaptación con determinadas formas de lo bello, y su advenimiento puede dejar aumentos en el patrimonio estético de la humanidad, siempre que no se aparte del verdadero principio realista que da nombre común á la escuela, y busque la representación de la naturaleza, sin desnaturalizarla, y sin apellidar naturaleza á las deformidades grotescas y repugnantes que el vicio, la ignorancia, las pasiones más viles imponen á la vida.

En las escorias de la fundición, en los detritus de los venteros ricos en precioso metal ya explotado, no descubre el común de las gentes otra cosa que polvo y cenizas y materia inútil para todo aprovechamiento; y sin embargo, un análisis más hondo, una ciencia más adelantada, hallan manera de extraer de esas tierras grises brillantes lingotes de alto valor; y eso mismo puede ocurrir con los residuos y sedimentos de la vida social.

Pero si se obstina el artista en reproducir aquello que nada tiene de valor natural, que es aberración pura, destrucción total de todo elemento bello, por muy grandes que

sean su genio y su esfuerzo, no podrá conseguir que el fenómeno de la emoción estética se produzca; logrará alguna sugestión de sensaciones atávicas y regresivas que le creen pasajero mercado de escándalo ó malsana curiosidad; pero eso no constituirá nunca obra de arte, ni vivirá más de lo que viven los chistes groseros de una crápula.

La imperfección, la irregularidad, lo feo, son factores de la vida, y en ese concepto pueden ser elemento y factor de arte; pero nunca lo feo y lo imperfecto aparecen en la Naturaleza sin que lo acompañe algún destello de energía moral ó de contraste con expresiones de lo bello, que adquieren á su lado brillo y relieve singulares. Es preciso que el hombre, por intención aviesa ó embrutecimiento obstinado, vicie y aisle las creaciones naturales, para que mueran en ellas los elementos del sentimiento estético; y si después de haberse cometido tal crimen, el artista que lo descubre ó lo imagina, lo copia ó lo desenvuelve en el cuadro ó en el libro, no es un redentor de aquellos atentados, es un cómplice; no ama la Naturaleza como todo artista debe amarla, sino que, por el contrario, le hace traición y abusa de su confianza.

Pero esas desviaciones de el camino y dirección propios de el arte, si bien lamentables, no deben inspirarnos pesimismo sobre el porvenir de la belleza artística, ni inducirnos á la desesperación de la fecundidad futura ni de la acción social de el sentimiento estético en las generaciones que nos sucedan.

Los pronósticos, bien conocidos de los críticos de 1820, dando por definitivamente muerta la poesía; las profecías de Victor Cousin y de Taine sobre la extinción irremediable de la escultura, á los que han seguido tan evidentes mentís en los hechos y en la producción creciente de esas artes al terminar

el siglo XIX, son un motivo más para confiar en que la ciencia y la democracia no son fuerzas que sequen en la humanidad las fuentes de que se nutre el sentido de lo bello, y deben tranquilizarnos ante las angustiadas elegías de Hartmann y de Ruskin. Muy bien pudiera acontecer que alguna de las artes bellas sufriera mengua en el modo de sentir de una ó varias edades, sin que la facultad de percibir lo bello se atrofiara; pues si bien todo progreso en ese sentimiento es para ambicionado, y cabe desear que todas sus formas y manifestaciones se desarrollen por igual, lo que más importa al desenvolvimiento integral del ser humano es, que nunca deje de vibrar en él, sentido tan precioso y potencia de origen y condición tan alta, y si pueden andar hoy en disputa la superioridad de la belleza de la forma y el color y la palabra en otras edades, no cabe negar que en la nuestra han alcanzado extraordinario y nunca visto desarrollo, la del ritmo y la armonía musical.

La música es, sin duda, la más espiritual, y, al mismo tiempo, la menos intelectual de las artes; pero, así en su origen como en sus desenvolvimientos, es la que entraña un valor social más considerable. Las historias griegas hacen de ella el instrumento de cultura por el que se redujeron los hombres de su condición fiera, de devoradores de sus semejantes, á la vida común; y Horacio, en su Epístola inmortal, al atribuir á el Dios de la música el prodigio de *lenire tigres rabidos que leones*, y de haber levantado á el son de su lira las murallas de Tebas, recogía un mito, revelador de los milagros sociales realizados en las primeras edades de la humanidad por ese divino arte; y hoy mismo el orador político, ante asambleas prevenidas contra las impresiones de el puro sentimiento, halla en el ritmo, en el acento y el claro

oscuro de su palabra, un arte supremo para influir sobre los oyentes y lograr esa impresión de superioridad y triunfo que, no obstante ser á menudo ajena á todo análisis de razón y á todo peso y medida de la verdad práctica, sigue siendo, sin embargo, una fuerza positiva en las asambleas, y por tanto, un medio para el gobierno de los pueblos.

Los himnos nacionales ejercen una doble influencia sobre las muchedumbres, por lo que el sonido tiene en sí de agente provocador, á las sensaciones de acometividad y entusiasmo, como á las de amor y de alegría inconsciente, y por la singular energía que despiertan en los espíritus los recuerdos de sucesos á los que, en la realidad ó en la imaginación, han acompañado las propias notas, lo cual les hace servir de símbolo el más elocuente y vivo para las ideas vagas de patria, revolución, gloria ó venganza; y las canciones populares, enlazándose con las impresiones más dulces de la juventud, el amor y la familia, matizan la vida de el trabajador y el soldado con tonos de alegría y consolador recuerdo, aliento inestimable en sus fatigas y penalidades.

Es una verdad acreditada en el curso entero de la historia, que es tal la influencia de lo indeterminado y lo vago en el espíritu de las muchedumbres, que los pueblos solo se hacen matar por las ideas que no entienden, y la música es el medio de comunicación entre los espíritus, que actúa sobre ellos con ausencia más completa de toda idea concreta. La forma, el dibujo, la prosa, la literatura, la elocuencia, el verso, por más que se esfuerce en dirigirse únicamente á las sensaciones, prescindiendo del razonamiento y la verdad, hablando á los sentidos, envolviéndose en nubes de imaginación y desatinadas fantasías, no pueden prescindir de algún esqueleto ó armazón de intelectualidad; pero la plega-

ría musical, el himno, la composición sinfónica, si bien no están exentos de lógica y raciocinio en la mente del que las crea y las instrumenta, llegan al oído de las muchedumbres con una vaguedad absolutamente irracional, exclusivamente sensual, y si han acertado á herir su alma por una feliz combinación de sus melodías, las enloquecen y arrebatan mucho más que las promesas de los tribunos. Y no se crea que existe contradicción entre el carácter de espiritualidad de la música y su acción sensual sobre la naturaleza humana, porque los sentidos, aun en sus manifestaciones más groseras, son movidos las más de las veces por sugerencias espirituales, y por eso es tan cierto que todo lo que la misma voluptuosidad tiene de más permanente y delicioso, halla su origen en el alma, en el ingenio ó en el corazón.

Hay, por tanto, en la música una fuerza de socialización por las sensaciones, más poderosa en un momento dado, que la de la ciencia y la razón, aunque sea menos duradera; y ahora mismo estamos presenciando cómo la Iglesia presta asidua é inteligente atención á ese problema y á sus soluciones.

En la música sagrada aparece en estos días una reforma que acredita la importancia y eficacia social de ese arte. La restauración del canto Gregoriano no es solo satisfacción á un gusto más depurado para las solemnidades religiosas, es algo más que eso, es la afirmación en el orden de las sensaciones, del apartamiento de la Iglesia, de los procedimientos y los medios de acción de la sociedad civil para dirigir la vida y la conciencia católica. Sabiamente inspirada, ha ido separando su causa de el régimen político en las naciones, y apartando á sus pastores de las preferencias por aquellas formas y organizaciones de el poder público que

les ofrecían más inmediatas seguridades y beneficios próximos; con fe en la perpetuidad de su misión, no teme abandonar los apoyos que le brindan los partidos á cambio de la cooperación en sus obras constitucionales; concreta más su intervención cada día á aquellos problemas de la caridad, las relaciones entre ricos y necesitados, en los que su palabra y su consejo pueden mover el corazón de los unos al desprendimiento y la equidad, y suavizar las pasiones de los otros con la esperanza y la resignación; y en las luchas de los intereses y las ideas, reivindica y enaltece su naturaleza, distinta y superior á las organizaciones humanas, diciéndoles: «mis armas no son de la índole y condición de las vuestras; yo no milito entre vosotros y con vuestros medios, sino fuera de todos vosotros, y para aliviar y consolar por igual á los heridos y lastimados de los opuestos bandos que quieran oír mi voz, para dirigir su conciencia hacia el bien y sus almas hacia la salvación eterna». Y en armonía con ese apartamiento de sus medios, de el movimiento de los partidos políticos, de los sistemas de gobierno y de las investigaciones de las ciencias, quiere purificar y unificar para ella la más espiritual y la más religiosa de las artes, y dar á la plegaria cristiana un ritmo y una voz apartados de las pasiones, los afectos y los sentimientos de la sociedad civil, y cuyos ecos no despierten recuerdos terrenales ni se enlacen con la vida de la familia, el Estado ó la nación, sobre los que la Iglesia brilla, semejante á las luminarias de los cielos, que inundan con sus rayos todos los objetos de la tierra, sin adherirse á ninguno.

Ni los progresos de la ciencia, ni el industrialismo, ni la democracia, han sido obstáculo ni han constituido incompatibilidad para el inmenso desenvolvimiento musical que se

contiene en todo el siglo XIX, y si se disminuyeran ó seca-
ran los demás raudales de la emoción estética, aún podría
hallar el sentido de lo bello en ese arte, una fuente en la
que aliviar su sed y mantener la integridad de la naturaleza
humana, en la armonía de facultades con que fué dotada
desde sus orígenes.

El crítico inglés Edgaumbe, autoridad incontestada en su
tiempo, notaba en Rossini excesiva multiplicidad de sus te-
mas melódicos y acusaba á su música de ser demasiado com-
pleja é ininteligible, sosteniendo el antiguo principio de un
solo tema seguido de variaciones; y ahora ¿quién se satisface
con una melodía sostenida por un solo acompañamiento?
¿Adónde no se ha llegado después de Rossini, por el ca-
mino de enlazar melodías? ¿Quién puede negar, ante la obra
contemporánea de Wagner, que la música es un arte en es-
tado de evolución y progreso; y por más que las evolu-
ciones del arte sean imposibles de adivinar y profetizar á
larga fecha, quién puede razonablemente sostener que los
progresos de la ciencia ó los avances de la democracia sean
obstáculo para que la grande obra musical del siglo XIX no
dilata sus horizontes, y acreciente el tesoro de melodías hasta
ahora acumulado?

VI

Los peligros que para el porvenir de las artes ofrece la
invasión creciente de la democracia en todos los órdenes de
la vida política social y jurídica de las sociedades modernas
no están en que se cumplan los ideales de una igualdad po-

lítica y económica entre los hombres, y que esas igualdades ocasionen una igualdad intelectual y una general medianía incompatible con la superioridad del genio, que es por su naturaleza aristocrático; no se ve por ninguna parte la aparición de esas soñadas igualdades, y al término de cada revolución aparecen las desigualdades, y las aristocracias, variando en sus nombres, orígenes y formas de reclutamiento, pero inquebrantables en su esencia de diferenciación cuantitativa de riqueza y autoridad; el riesgo verdadero y el daño que á lo vivo se siente ya consiste, en que las minorías directoras de las democracias y sus aristocracias efimeras, ó á lo sumo vitalicias, llegan por lo común á las alturas sin que el bienestar y la fortuna hayan afinado sus gustos, y lejos de ejercer un ministerio de dirección inteligente en las artes, las estragan con las inclinaciones groseras á todo lo que sea extravagante, deslumbrador y ruidoso, á lo que Guyau, en sus estudios sobre la estética contemporánea, llama el *americanismo*, que con razón dice es tan contrario al arte como á la ciencia, porque si llegara á triunfar por completo en algún pueblo, transformaría su existencia en mera rutina, rebajaría su poder intelectual y le llevaría á una situación de inferioridad.

¡Cuántas veces oimos á esas minorías directoras, apresuradamente elevadas por las democracias, pedir en nombre de los intereses positivos de la producción y de el progreso humano la proscripción de los estudios clásicos, de las lenguas muertas y sus literaturas, la eliminación en la enseñanza de todo alimento para la fantasía y la fe, y de aquellas preparaciones elementales indispensables para que el sentido estético se despierte y afine, y pueda hacernos amable la vida, dulce la soledad, consolador el comercio con el

genio, ensanchando los horizontes de nuestros goces más puros y ciertos, suavizando las costumbres y las relaciones con nuestros semejantes, y ahuyentando de nuestra existencia el hastío!

Entienden los que así piensan que lo único importante para los Estados es hacer al hombre productor, como en otras edades se pensó que lo único importante era hacer al hombre guerrero: Horacio y Virgilio no enseñan á manejar una máquina, y cualquier manual de Robín contiene más recetas útiles para el labrador que las Geórgicas, y un buen cinematógrafo con escenas cosmopolitas enseña más geografía comercial que todos los cuadros de Velázquez; quédense en buen hora las artes y las literaturas para las academias, pero el pueblo se ha de nutrir tan solo en las ciencias y en los oficios mecánicos. A esto se suele llamar educación positiva, ajena á todo idealismo perturbador y espiritualista, y por lo común acompaña al programa modernista cierta conmiseración y desdén hacia los que persisten en la anticuada adoración de lo bello, lo imaginativo y lo sobrenatural en todos los grados de la instrucción, y singularmente en los que sirven de preparación común para las enseñanzas profesionales.

Estos positivistas olvidan ó desconocen, que no hay en toda la naturaleza humana nada más positivo que el espíritu, ni en el mundo mayor realismo que el del alma, ni en el hombre necesidad más ineludible para no desnaturalizarse que lo sobrenatural, y que el entendimiento que para ser fecundo ha de ser íntegro, ha menester de respeto y nutrición para todas sus facultades, y entre ellas está el sentimiento y la emoción estética que pide los cultivos apropiados del gusto, la cultura acumulada por los siglos, y so-

bre todo, mantener viva y constantemente la comunicación del espíritu con lo infinito, siendo atentado criminal contra su vida todo cuanto tiende á cortar esa comunicación facilitada por las religiones y por el arte.

Allí donde la acción social es más democrática, la acción del Estado debe ser más diligente y más espléndida para amparar la vida y la cultura artística, pues su misión principal es suplir y corregir lo que en las acciones sociales haya de deficiente, para que ninguna de las facultades que integran el progreso se debilite y atrofe, y este es el resultado práctico que intento deducir de las observaciones que he consignado: si la opinión común se inclina al industrialismo y las clases medias de donde se han de reclutar los elementos directores de las generaciones futuras tienen hoy menos sentido de el arte, y éste es un medio de vida y de sociabilidad considerable, el Estado con sus leyes, protecciones y subsidios, tiene sagrada obligación y evidente interés de contener esa degeneración y prestar apoyo á cuanto pueda combatirla, y esa es razón capital para sostener, hoy más que antes, los estudios clásicos, el conocimiento general de las lenguas muertas en la segunda enseñanza, el amparo á los monumentos y tesoros artísticos, la comunicación de nuestras escuelas con los modelos eternos del arte en Italia, las fiestas y solemnidades populares en honor y recuerdo de los grandes artistas, y cuanto pueda contribuir á mantener y educar el sentido estético, debilitado en el pueblo y en las minorías directoras de las sociedades contemporáneas.

La sensación de lo bello es menos viva que la sensación de lo necesario, porque el instinto de la conservación se sobrepone en último término á todas las facultades, instintos

y potencias, y por eso los que irreflexivamente contemplan el desarrollo y la vida de las naciones en la lucha por la existencia, no ven otros intereses que los de la riqueza material y el aumento de sus fuerzas económicas; pero la nación es una personalidad y un ser íntegro, y ha menester para su completo desarrollo de los ideales del espíritu, los alientos de la fantasía, las alegrías del corazón, como los necesitan el individuo y la familia, para que los sentimientos que más honran y enaltecen la naturaleza humana se mantengan. El pan de cada día es condición de vida; pero no solo de pan vive el hombre, y la higiene del alma tiene exigencias de cultura estética, moderado descanso y espiritual regocijo, á las que no se puede desatender sin grave culpa, y por eso, con profundo sentido de la realidad y de los deberes del hombre para con su propio espíritu, colocó Dante, simbolizando esa idea, en uno de los círculos del Infierno á aquellos que, debiendo estar alegres en el mundo, estuvieron tristes y afligidos.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. AMÓS SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

CHICAGO, ILL.

SEÑORES :

Por rara coincidencia, me ha tocado dedicar un recuerdo, en actos como éste, á personajes de tan extraordinaria nombradía política como eran ayer y serán por mucho tiempo en la Historia, D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Emilio Castelar y D. Práxedes Mateo Sagasta, y es hoy D. Francisco Silvela; teniendo necesidad de aplicar á la medida de estaturas tan desarrolladas la menguada unidad de mi ingenio.

Pero, para escoger aquellos pocos perfiles generales que basten por sí solos para diseñar una gran figura, del modo ligero que consiente el género especial de estos trabajos, hallaba ayer la relativa facilidad que consiste en ver, sin duda alguna por desgracia, completamente terminados aquellos modelos, de suerte que podían ser abarcados con una sola mirada, y llegaba á ser hacedero el distinguir, torpe ó acertadamente, lo más ó menos secundario, de lo esencial y característico, en tanto que hoy, y en buena hora lo diga, me hallo frente á frente y cara á cara con una personalidad viva y cuya figura no está aún, por fortuna, acabada, aunque sea fácil afirmar, sin grandes alardes de adivinación,

que si se terminan y redondean los actuales vigorosos trazos, ahora incompletos, del modo que cabe imaginar, habrá de tener dentro de la categoría de nuestros grandes hombres contemporáneos, un lugar distinguido entre los que pasen por mejores mozos.

Aun cuando nadie venga á las Academias por político, ni los méritos de esa clase sean los llamados á patentizarse en estos actos, no sería dable desentenderse de ellos por completo en ninguna ocasión, porque los hombres se producen dentro de la atmósfera que les rodea, y precisamente en ella hallan pretexto para que las aptitudes estallen; así es que si nuestro nuevo compañero no hubiera tenido tan conocida vida pública, habríamos ignorado que era un artista.

Fueron los primeros trabajos literarios de D. Francisco Silvela artículos publicados en *La Época* y en la sección abierta en *El Imparcial* por el Sr. Gasset, su fundador, bajo el epígrafe de «El País pintado por sí mismo».

Más tarde, y despues de la revolución de Septiembre, tuvo á su cargo la sección de literatura, teatros y artes, en el periódico *La Voz del Siglo*, fundado con grandes elementos por D. Nicolás Azcárate, cubano muy español, que perseguía, mucho más afortunado en intenciones que en esta empresa, la idea de atraer á los liberales y separatistas cubanos con una política en España monárquico-radical. Retraído de la parte política, por sus ideas un tanto conservadoras, aunque muy liberal é individualista en materias económicas, como discípulo de D. Segismundo Moret, tuvo á su cargo, mientras la publicación vivió, cuanto concierne á la crítica musical y de teatros, dando á conocer las obras más notables en artículos muy encomiados.

Llamó por entonces la atención su estudio crítico deno-

minado «Los Neocultos», contra los amaneramientos de estilo arcaico, del que venían haciendo moda algunos escritores de aquella época, y en la cual perseveran, por desdicha, algunos extraviados de la nuestra.

Poco más tarde escribió y le dió gran renombre, el estudio histórico y colección de cartas de Sor María de Agreda y Felipe IV; pero, aunque os daría con el mayor gusto idea más detenida de obra tan merecedora de elogios, después de haberla encomiado, tan admirablemente como lo han hecho en tres discursos de contestación á otros tantos suyos, correspondientes á las Academias de la Historia, de Ciencias Morales y Políticas y de la Española, personas tan ilustres como D. Carlos María Perier, D. Alejandro Pidal y don José María Asensio y Toledo, ¡no tengo valor para dar el cuarto aldabonazo!

En esos discursos notabilísimos y los de contestación para las recepciones de D. Raimundo Villaverde, D. Antonio Maura, D. Gumersindo Azcárate y Condes de Liniers y la Viñaza, así como en los muchos pronunciados sobre las materias más diversas, hallaríamos sobrada materia, no ya para llenar unos renglones de mera presentación ante vosotros, sino un libro voluminoso, en el que se pretendiera patentizar esas condiciones de artista.

Hablando ó escribiendo, se retrata por un estilo original y característico que basta para definir una personalidad literaria.

Sobrio, castizo, ordenado, ingenioso y punzante, tiene, acaso, la oratoria de polemista más apropiada para los triunfos del Parlamento, y las condiciones de escritor más eficaces para dejar hondos recuerdos en sus lectores.

Pero la nota dominante, dentro de ese estilo, es un hu-

morismo elegante, distinguido, fresco, flexible, tan brillante y tan fino, que muchos se lo han imaginado de acero y con punta.

Esta cualidad artística ha obscurecido, sin duda alguna, otras de gobernante, á las que no ha dado la opinión pública el valor y el realce á que tenía derecho, como son: la excelente intención, la formalidad y la rectitud con que quiso resolver los problemas de gobierno, y resolvió algunos, entre los cuales debe citarse el de regularizar la Hacienda, cuando la menor distracción en ese punto hubiera causado daños espantosos.

No obstante, y me apresuro á decir que tomo este perfil político porque ha de servirnos de consolación artística, dejó el poder y la intervención en los asuntos públicos de una manera resuelta, y no quiero ni debo discutir ahora si hizo bien ó mal, si ha tenido ó no razón suficiente.

Si yo me sintiera dispuesto á dársela, hallaría justificación en sus propias condiciones, porque hombre de tanta cultura, que vive en todos los tiempos con la Historia y en todas las naciones con su espíritu crítico, había de sentirse irresistiblemente impulsado á resolver problema tan escabroso como el de *européizarnos*, que extiende su dificultad hasta á la pronunciación sin muecas ni esguinces del neologismo que lo define. Y como no se hacen pueblos para leyes, sino leyes para pueblos, y como las costumbres hacen las legislaciones y no las legislaciones las costumbres, y como ha de repugnarse necesariamente lo extranjero donde todavía se habla de regionalismos, porque no se adapta á la manera de ser de todo el reino una legislación nacional, nadie extrañará que desmaye quien con las dificultades de empresa tan ardua tropiece.

Sea como quiera, bien pudiéramos decir que «lo que no va en lágrimas va en suspiros», porque si en la política deja un vacío, lo llena en la literatura y las artes, devolviéndose, con gran contentamiento nuestro, adonde más lo queremos, es á saber: á las Academias, al Ateneo, á las conferencias de toda clase dadas en centros de toda índole, y singularmente á los libros, que ahora podrá él escribir y nosotros admirar.

Era inexcusable que entresacara estos perfiles, si había de cumplir el honroso encargo que me ha hecho la Academia, designándome para hacer la presentación del nuevo compañero. Decir menos, sería tanto como excusar el cumplimiento de un deber, y decir más, sería imperdonable. ¿Necesita alguno que se le diga detalladamente quién es D. Francisco Silvela, cuando vive entre nosotros, y por su condición de hombre público que ha ocupado las más altas posiciones, se ha entregado, como todos, al minucioso y despiadado examen que no perdona jamás la pasión política? ¿Su solo nombre le basta para darse á conocer!

Al tomar puesto entre nosotros nos recuerda necesariamente que estaba vacío, y nos entristece el considerar que nos dejaron para siempre compañeros de tanto renombre como el académico numerario D. Manuel Oliver y Hurtado y el electo D. José Fernández Jiménez. Del primero se ha hecho ya en esta sesión el merecido elogio; y bastará decir del segundo que, aun habiendo hecho alarde de no dejar á la posteridad un solo escrito ni muestra alguna de su talento, eligió la Academia, para traerlo á su seno, á una de las ilustraciones más sólidas de nuestro tiempo. ¡Descansen los dos en paz, disfrutando una nueva vida tan perdurable, como será para ellos nuestro afecto!

Á mitigar esa pena contribuirá eficazmente la afortunada elección que se ha hecho al designar sucesor. En cumplimiento del deber, á que hace unos momentos aludía, os lo presento, y ya sé que lo recibís con los brazos abiertos; pero os pido más todavía. Os ruego que lo apretéis con ellos de manera, que no se nos vuelva á escapar ya más á la política, porque de ella no se ha ido sino por sinsabores y desengaños, mientras que entre nosotros gozará de amistades sinceras y de triunfos indiscutibles.

Aquí debiera dar por terminado mi trabajo, sin repetir una vez más, ¡y sería la décima!, aquellos razonamientos en que fundo mis convicciones relacionadas con estos actos, las cuales no consienten que, según otras prácticas, se discuta el discurso del académico recipiendario. No cabe contrariar opiniones con las que no se esté conforme, porque no puede el interesado rectificar, y menos se deben ampliar los conceptos, pareciendo que se alecciona; en mi sentir no ha de quererse compartir, sino dejar por entero al recipiendario el disfrute de estas solemnidades, que sólo a ellos se dedican.

Pero, como no está reñido con mis ideas nada que se relacione con el elogio, y lo merece en el mayor grado el hermosísimo discurso que tan justamente habéis aplaudido, habréis de permitirme todavía algunas palabras.

Galanamente escrito, condensa tan gran cantidad de materia, está tan nutrido de pensamientos y toca con tanta brillantez conceptos interesantísimos, que, como ya os anunciaba que era frecuente en sus escritos, más aún que revela y enseña, hace pensar.

¡Ya lo creo que hace pensar!

Porque aquel singular humorismo de que antes os habla-

ba, que tiene el acierto de dar siempre en el punto vulnerable de los asuntos, y que, con una sola frase atinada, destruye filosofías acreditadísimas, doctrinas corrientes é ideas establecidas sin reparo, hace tan imposible que el convencimiento siga aceptando con entusiasmo y con fe lo que ha visto espléndidamente ridiculizado, como que el ánimo se halle dispuesto á aceptar, sin protesta, tan expedita barrera.

¡Y no hay forma de substraerse á la influencia desoladora de esos latigazos, asestados con la cara riente: porque no son arbitrarios, sino arrancados con exquisita investigación á la naturaleza misma de los asuntos, y por mucho que cada uno se revuelva contra la facilidad con que se deja en completa ruina lo más acariciado por sólido, el fondo de verdad que llevan, hace tal presa en el arraigado convencimiento, que obliga á pensar, por lo menos, en el hallazgo de una fórmula de concordia!

Y así como antes decía que para elogiar al autor bastaba dar el nombre, para hacer el elogio de su discurso basta decir que es suyo.

Sería larga tarea, en efecto, la de señalar aquellos puntos que merecen ser encomiados y que vosotros mismos habéis ya subrayado con vuestro asentimiento explícito, con vuestros murmullos de admiración y con vuestros aplausos entusiastas, porque unos á otros se atropellan y pelean por sacar la cabeza sobre los demás; y con ser tantos, todos quedan al mismo nivel, aunque muy alto, de suerte que si no se citan todos, es muy difícil el escogido.

Pero, al fin, por citar algo, os ruego que meditéis sobre estos pensamientos diseminados en diversos pasajes de su trabajo:

«No une tanto á los hombres el pensar lo mismo y aun querer lo mismo, como sentir lo mismo; y las más veces el pensamiento y la voluntad son el resultado del sentimiento, cuando no de las sensaciones. Los pueblos sólo se hacen matar por las ideas que no entienden. El hombre, ser ante todo y sobre todo social, no logra escapar de su condición y régimen de rebaño, y no halla manera de romper las tradicionales organizaciones del pastor y la grey.» Y se deduce más tarde, de lo que dice, que la más social de las bellas artes, la más susceptible de conmover, la más educadora, como más apta para provocar el estallido del sentimiento popular, no es la Arquitectura, que maneja las grandes masas de tres dimensiones, ni la Escultura, que se sirve de ellas en menor escala, ni la Pintura, que se desenvuelve con dos en el dibujo y en el color, sino la Música, que es aún menos material en sus procedimientos; y tanto por lo que vale en sí misma, como por lo que pueden hacerla valer gran copia de circunstancias que, concurriendo con ella al efecto artístico, le permiten acumular y retener entre sus mallas armónicas y melódicas esa gran fuerza artística que llamamos Poesía, que es aún menos material en sus procedimientos para revelarse al exterior, y la más espiritual, por lo tanto, de las bellas artes.

Y de tal manera está todo impregnado de realidad, que no he podido pasar la vista por esas páginas sin que vinieran á mi mente muchas cosas que á cada paso se presentan como problemas de actualidad.

Hace algún tiempo, en efecto, que ha sufrido agravación la manía de decir, poniéndonos sobre las puntas de los pies para que se nos vea, y haciendo esfuerzos para que se nos oiga, y no tantos para que se nos entienda, que en las fuer-

zas políticas, lo imprescindible, lo fundamental, es que los hombres se unan ante todo y sobre todo por las ideas, compenetrándonos con ellas, que es lo que en primer término interesa; porque conseguido esto, las personas que hayan de dirigir es cosa insubstancial y baladí que no vale la pena de tenerse en cuenta! ¡Tengamos las ideas y ya nacerán los hombres necesarios por arte de magia, como nace la grama donde menos se piensa! ¡Y así podrán nacer los unos y la otra para hacer daño!

Sería verdaderamente curioso y en el más alto grado interesante, el sorprender esa evolución, mediante la cual las muchedumbres que forman los partidos políticos, antes de ser acaudilladas, se ponen de acuerdo sobre tantas, tan diversas, tan hondas, tan difíciles ideas como son las que se relacionan con la gobernación de los pueblos, sin tener de ellas la más pequeña noticia, ni capacidad alguna para entenderlas jamás. Porque hay que reirse de la dificultad de los más encumbrados problemas del cálculo infinitesimal, que deberán tenerse por bagatelas, al lado de los que plantea el arte de gobernar; y, no obstante, parece que se tiene por facilísimo el que sobre esto se pongan de acuerdo rápidamente y coincidan en sus juicios las gentes á montones!

Yo no he podido explicarme nunca la ventaja que pueda resultar de mantener al hombre achicado y encogido ante la grandeza de las ideas, cuando es él, no sólo el encargado de popularizarlas y desenvolverlas teórica y prácticamente, sino de crearlas. Yo no sé qué harían esas queridas hijas, aunque fueran buenas, si las hubieren de dirigir por el mundo los torpes y desalmados, sólo grandes, acaso, por la extensión de su ineptitud y de su maldad. Yo sí sé que con hombres malos no hay ideas buenas, y que con hombres

buenos no me tomaría el trabajo de preguntar por sus ideas, aunque sea indiscutiblemente lo mejor que unos y otros sean excelentes!

Pero, dejando esto aparte, lo que estamos siempre viendo es unos cuantos que dirigen porque saben, pueden y quieren, y después de ellos..... ¡si no la manada que paca con la cabeza baja y obedece al ladrido del perro ó á la honda del pastor que la guardan, la grey, en la más alta acepción de esta palabra, que mira en alto y pone la vista en el que le sirve de guía, porque le inspira más confianza ó más afecto, ya por sus actos conocidos ó extendida reputación, ya por sus mismas predicaciones, aunque no las entienda: ¡que ese valor tiene la elocuencia y á tanto alcanza el arte de la palabra!

Sería exagerado desconocer que muchas veces se unen los hombres por ideas en que creen ó quieren realizar, singularmente si son económicas, porque la necesidad anterior y superior á todas las necesidades es la de vivir, y después la de vivir lo más cómoda y holgadamente posible dentro del hogar, que es todo el mundo para la generalidad de los hombres. Pero, aun esas ideas, para arrastrar á las multitudes necesitan ser pocas, de extraordinario relieve y reveladas á las masas con especial sobriedad de palabra y con afirmaciones resueltas y rotundísimas; porque, como dice con mucha razón Anatole France, no entienden y les molesta el razonamiento, y prefieren un sí ó un no enérgico que les inspire confianza; y todavía permanecen inertes ante esas ideas, si no logran con ellas mover sus sentimientos y emocionarse, y hasta apasionarse por ellas, lo cual, en suma, es unirse por el sentir, más que por el pensar ó querer.

Si Cristóbal Colón hubiera esperado á que fueran entu-

siastas suyos y le proporcionarán recursos y lo acompañarán en su arriesgada empresa sólo los convencidos de la redondez de la tierra, y de que para ir de un punto á otro del Globo lo mismo se va, en más ó menos tiempo, tomando un rumbo que el opuesto, se hubiera muerto sin tropezar con el nuevo mundo en el camino de las Indias! ¡Y bien se ve cómo los hombres se dejan matar por las ideas que no entienden, y cómo el sentimiento y, en suma, el arte, arrastra á las multitudes!

Hace poco tiempo he visto, no sé en que libro, presentar como un pensamiento digno de encomio, y aun como aforismo de Bellas Artes, la siguiente, para mí, indiscutible sandez: «Lo que sobra en la pintura (y sin duda querrá decir en el arte) es el argumento». ¡Quiá! ¡La gran misión y la dificultad del arte, consiste en hacer que encajen en el alma de las muchedumbres las ideas excelentes ó dominantes del tiempo en que se vive, presentándolas ataviadas con el esplendor y la sencillez de la belleza!

¿Qué saben ellas de que la pincelada sea nimia ó amplia, de que sea corto ó largo un escorzo, de que se falte ó no á las leyes de la perspectiva, de que las figuras se hallen vestidas con más ó menos propiedad, ni de que estén bien compuestas en sí mismas y con relación al conjunto? Ni esta es la obra principal del artista, sino del artífice, ni puede ser discutida sino por minorías privilegiadas de singular cultura. Lo que les importa y saben apreciar á maravilla, es qué piensan, qué hacen, qué dicen y qué sienten aquellas personas, por qué se agrupan y qué escena representan ó desenvuelven; ¡y todo eso les apasiona! Tantos defectos se achacan al *Fusilamiento de Torrijos* por los inteligentes, que les cuesta reconocer que sea una obra de pintor. ¡Sea!

¡Pero es la obra de un artista! ¡Y será eternamente admirada por el público!

Y ¿qué diremos de la *Retirada de Napoleón*, por Messo-nier? No creo que obra alguna contemporánea haya producido mayor impresión, y no ciertamente por sus dimensiones, sino por aquello que decía nuestro pensador que sobra: por el argumento, traído á la realidad con todo el atractivo de la belleza artística.

Y digo belleza artística, porque aun cuando oigo decir á cada momento que el pueblo no comprende otras bellezas que las naturales, que no hay que buscarlas fuera de la Naturaleza; que ésta es siempre bella; que el arte consiste en reproducirla con entera fidelidad y otras muchas cosas de este talle, tengo la desdicha de no creerlas. Afirmo, sí, que la Naturaleza es fuente de lo bello; pero sólo cuando la realidad se combina con el genio produce una belleza superior, que es la realidad artística. Porque no hay que forjarse ilusiones; entre el original de una belleza silvestre y la copia, por exacta que sea, cuando sólo se propone la reproducción, siempre será mejor el original; pero, cuando se mezcla con el genio, se ve por arte maravilloso que hombres y animales, cielos y tierras, aguas y plantas ríen ó lloran, se alegran ó entristecen, y todos juntos se prestan á desarrollar el argumento que el artista concibe y su talento sublima.

El argumento de la Escultura es la forma, y singularmente el desnudo, que es la más bella; y ante sus manifestaciones, como ante los grandes monumentos de la Arquitectura, eternamente simbólica, nunca la multitud se muestra indiferente aunque parezca muda.

Pero, aún más que sus hermanas, consigue la Música emocionar á las muchedumbres.

A nadie parecerá extraño que tales maravillas consiga aquélla, cuando éstas se recogen, llenas de fervor religioso, dentro de nuestras colosales catedrales góticas, iluminadas por luz filtrada á través de vidrios coloreados, para escuchar los cantos más conformes con su devoción y recogimiento, mezclándose voces y órganos para producir el armonioso conjunto.

Como cosa natural habrá de tenerse el que resulten impresionadas vivamente, ante las combinaciones armónicas musicales que los compositores de más nota desarrollan en las sinfonías ó en el drama lírico, con nutridos coros de muchas voces y orquestas más nutridas con toda diversidad de instrumentos.

Todavía, bajando más la talla, se conciben las emociones intensas que logra producir la música de salón, y aun las simples romanzas melódicas..

¡Pero si parece que la música es más intensa en sus efectos cuanto más se simplifica! Porque los que acabo de indicar, por grandes que sean las masas sobre que influyen, aún no llegan á ser populares. ¡En cambio las sencillas melodías de los aires de la tierra son poderosas para conmover hondamente el sentimiento de los pueblos, los cuales se mueven y levantan colectivamente, como por resortes increíbles, con el himno de Riego ó la fiesta de la jota!

¡Y todavía esto es mucho! Porque con poquísimas y solitarias notas, logran escalofriar á las gentes los clarines de los regimientos de caballería.

¡Y aún más! ¡Porque una sola nota repetida y redoblada por las cajas de guerra en momentos que necesariamente han de ser apropiados, hacen vibrar á la vez todos los nervios y arrancan de todos los ojos lágrimas, imposibles de contener!

Acaso alguno pregunte: ¿Eso es arte?

¡Donosa preguntita! ¡Capaz por sí sola de destruir, no ya un discurso, sino un sistema, y hecha á última hora y á quemarropa!

¡Dejaremos si os parece, para mejor ocasión, el desarrollo que, según es de maliciar, necesitaría la respuesta; pero me apresuro á decir que no habría ninguna para quienes sólo miden el valor de la nota por el número de vibraciones aéreas, para quienes no distinguen entre los golpes de tambor de los niños en los días de Navidad y los redobles de las cajas de guerra en los días de peligro, para quienes confunden el zumbido molesto de una nota que vibra en el aire y el acento sublime de otra nota que vibra en el alma!

El pueblo entero contribuye en esos casos á la obra de arte, llevando el argumento en su seno, y basta que una nota se encargue de levantar el telón.

Y para esos efectos populares, sin temor alguno á que se me moteje por la frecuencia con que, acaso, prodigo la alusión á este querido símbolo, digo que hasta la nota me sobra; porque detrás de los tambores irá callada y hablará más alto la bandera de la patria, donde un sentimiento colectivo purísimo condensa recuerdos y esperanzas, glorias y heroísmos, venturas y sacrificios, virtudes y honor, hasta hacer el prodigio de que no ondee ni desarrolle sus pliegues en el aire sino en una atmósfera que se le crea de poesía conmovedora.

¡Arte, arte! Dondequiera que estés y como quiera que te muestres, nos das una vida dorada por el sentimiento!

(Noviembre de 1904.)

